

grada Eucaristía, la indiferencia conduce á la irreverencia, y ésta á la impiedad y á la eterna condenación (1).

Y como todo esto sea asunto de importancia suma en la vida espiritual, especialmente cuando se trata de personas que aspiran á la perfección de las virtudes y á la unión íntima con Cristo nuestro Señor, mediante el Sacramento eucarístico, no pasaremos adelante sin dar á conocer otras disposiciones más perfectas, que deben llevar las almas para recibir *en su plenitud* los grandiosos efectos del Sacramento del amor.

(1) ADVERTENCIAS SOBRE EL MODO DE COMULGAR.—He aquí las reglas que se han de seguir en el acto mismo de la Comunión, para guardar la debida compostura y evitar desagradables accidentes.

En el momento de comulgar se ha de tener la cabeza quieta, sin inclinarla ni adelante ni atrás. Los ojos se fijarán con modestia sobre la santa Hostia, y de ningún modo sobre el sacerdote. La boca se abrirá regularmente, sacando la lengua un poco sobre el labio inferior para que el sacerdote pueda fácilmente depositar la sagrada Forma. Cuando un señor Obispo da la Comunión, se tendrá cuidado de besar su anillo antes de comulgar. Muchas veces el sacerdote se ve en la necesidad de colocar la santa Hostia como á ciegas, porque los fieles, aun los que comulgan devotamente, no dejan de moverse, ya levantando la cabeza, ya bajándola demasiado. Otros sacan la lengua inconvenientemente y otros la retiran con tal precipitación, que es un milagro que no caiga la sagrada Hostia. Después de comulgar es necesario no levantarse inmediatamente, sin esperar á que el que nos sigue haya comulgado, y si no hubiera más comuniones, se debe esperar á recibir la bendición. Se dejará un momento la santa Hostia sobre la lengua á fin de que, un poco humedecida pase sin dificultad; pero téngase cuidado de que no quede en la boca demasiado tiempo, porque se correría peligro de no comulgar. Si la Hostia se pegase al paladar, hay que separarla con la misma lengua, pero jamás con los dedos. Si el sacerdote diese por casualidad dos Formas, entonces, como en aquellas dos Hostias unidas no se comulga más que *una vez*, sin turbación alguna se han de tragar, puesto que la Comunión es completa lo mismo en dos formas que en una. Por respeto á la sagrada Mesa no debemos acercarnos con guantes ni con manguitos. (*Lectura Dominical*, 5 de Abril de 1896.) Los militares conviene por decencia y humildad cristiana, que depongan las armas al tiempo de comulgar.

A lo cual puede añadirse que los fieles han de colocarse cercanos unos á otros en el comulgatorio, pues acontece con no poca frecuencia que se colocan unos en un extremo á la derecha, otros en el otro á la izquierda, haciendo que el sacerdote ande con el Señor en la mano del uno al otro lado.

Los que comulgan deben tener las manos en forma de cruz y los ojos abiertos y filios en la sagrada Forma cuando se les muestra. (Suplemento al Dicción. de Bergier, bajo la direcc. del Card. Monescillo.)

CAPÍTULO XXXIII

Disposiciones para acrecentar el fruto de la Comunión.

1. Lo estrictamente necesario.—2. Lo en gran manera conveniente.

PARA recibir dignamente á Cristo en el Sacramento de su amor era preciso ser como otro Cristo, vivir de su propia vida y tener sus mismas virtudes en el grado perfectísimo que El las posee; mas como esto no es posible á la humana condición, el Señor se acomoda á nuestra debilidad y se da por satisfecho con que hagamos lo que podamos y le pidamos lo que no podamos, prometiéndonos ayudarnos para que podamos. ¡Conténtase con tan poco, que no puede ser menos! Conténtase con que no seamos enemigos suyos, con que no le crucifiquemos con nuestros pecados graves, con que nos probemos antes á nosotros mismos, y, hecho esto, nos *permite*, y *quiere*, y *manda* que comamos su Carne y bebamos su Sangre (1). ¡Qué dignación! ¡Qué bondad por su parte! ¡Qué dicha por la nuestra! Esto es lo que sencillamente expresa nuestro catecismo, cuando dice: *¿Con qué disposición debemos venir á comulgar?—Ayunos y confesados de cualquier pecado mortal que se nos acuerde.*

2. Mas esto que en realidad basta para no cometer sacrilegios y para recibir la gracia del Sacramento, es ciertamente poco para los buenos cristianos que aspiran y deben aspirar á recibir *el lleno* de las mercedes divinas en la sagrada Comunión, sin poner por su parte obstáculos que les priven de tan inefables riquezas espirituales. Requiere, pues, y es de suma importancia, preparación mejor, disposiciones más perfectas, afectos más encendidos, diligencias más devotas; pues ya nos amonesta el Santo Concilio Tridentino, diciendo: *Cuanto mejor conoce el cristiano la santidad y divinidad de este celestial Sacramento, con tanta mayor diligencia debe procurar presentarse á recibirle con sumo respeto y san-*

(1) Probet autem seipsum homo, et sic de pane illo edat, et de calice bibat (I Cor., XI.)

idad. (Sess. 13, c. 7); y nuestro Ripalda añade lo siguiente: *¿Cómo se ha de comulgar? — Con devoción, humildad y reverencia.*

Por otra parte, como el fruto que se recibe en la recepción de este augustísimo y divinísimo Sacramento es proporcionado á las disposiciones de pureza, santidad y devoción que llevamos en nuestro espíritu, ya se comprende que hemos de tener como ansia de prepararnos más y mejor, tanto cuanto á nuestra pequeñez sea posible. ¿Cómo? ¿Con qué actos? ¿Cuáles son las virtudes principales en que debemos ejercitarnos? Esto es lo que ahora intentamos declarar para contento y solaz de las almas buenas, ampliando sencillamente las tres condiciones del Catecismo, á saber:

- 1.^a Devoción.
- 2.^a Humildad.
- 3.^a Reverencia.

§ I

DECLÁRASE LA DEVOCIÓN CON QUE DEBEMOS COMULGAR

3. Tres disposiciones convenientísimas. — **4.** Pureza de conciencia. — **5.** Se han de evitar los pecados veniales y el afecto á ellos. — **6.** Deseos de comulgar. — **7.** Amor á Jesucristo sacramentado. — **8.** Ejemplos de algunos Santos.

3. ¡Ojalá—decía el piadoso Nieremberg—que antes de recibir el Santísimo Sacramento precediera el Purgatorio para que no dejara en el alma ni la más leve sombra de mancha! ¡Ojalá—añadimos nosotros—que esta exclamación devota fuera bien entendida por todos los fieles cristianos y que no se padecieran en esto tantos engaños! ¿Quiérese comulgar? ¿Quiérese sacar grande provecho de las comuniones? Pues entiéndase bien; *en nosotros consiste*. Dios nuestro Señor pone á nuestra disposición los tesoros inefables de sus gracias en la sagrada Eucaristía, y nos dice: «Ahí los tenéis; vuestros son; mi deseo es que todos quedéis completamente enriquecidos.» Y siendo esto así, ¿por qué somos pobres y pobrísimos? ¡Oh! Es porque no llevamos un corazón grande para llenarle; cada cual recoge de un tesoro más ó menos según la capacidad de sus bolsillos. «Al lado de este precioso Sacramento—dijo el piadoso cura de Ars—nosotros somos como aquel que se muere de sed á la orilla de un río, necesitando sólo inclinarse para apagarla; como aquel que encontrándose junto á un tesoro que se le ofrece, sigue siendo pobre, cuando para parti-

cipar de él le basta extender la mano.» Pues bien; el secreto para ensanchar los senos de nuestro corazón y poder recibir copiosísimas riquezas espirituales del tesoro infinito de la Eucaristía, es prepararnos, como indica el Catecismo, con *devoción, humildad y reverencia.*

La devoción substancial y propiamente dicha encierra tres cosas: *pureza* de conciencia; *deseos* vehementes de comulgar; *amor* á Jesús sacramentado. Reflexionemos.

4. PUREZA.—«Ruégote—decía San Bernardo—que cuando te acerques á comulgar imites la prudencia de la serpiente. Este animalito, antes de beber en la fuente, expele todo el veneno; y tú, de semejante modo, antes de acercarte á la fuente eucarística es preciso que arrojes de tu corazón toda ira, todo odio y malicia, toda envidia y mala voluntad; todo, en suma, cuanto sea pecado (1). Es decir, toda ofensa de Dios, ya sea en materia grave, ya en leve, porque una y otra cosa son veneno para el alma, que, si no la mata, á lo menos la enferma.

Es verdad que ni la falta de actual devoción sensible, ni el afecto al pecado venial, es más, ni aquella negligencia con la cual en la misma Comunión se comete culpa leve, impiden *del todo* el efecto del Sacramento; pero también lo es que le impiden *en parte*, bien sea privando al alma de cierta refección actual deleitable, aneja á la recepción del manjar eucarístico, bien sea impidiendo gracias más abundantes que el Señor daría, y cuya carencia constituye un peligro espiritual para la misma alma (2). Miren por aquí las personas que comulgan con frecuencia, de cuánto bien se privan, cuán irreparables son sus pérdidas, y á qué riesgo se exponen. Quéjense muchas veces de que se hallan áridas en sus comuniones, y de que sacan poquísimo fruto, y no reparan que ellas mismas son la causa, por no purificar bien sus conciencias.

5. Para evitar de raíz tales desdichas y hacer que los provechos de la Comunión sean completos, es preciso quitar de antemano, no sólo todos los pecados veniales, porque disminuyen el fervor y la caridad, sino hasta el afecto á ellos, lo cual equivale á llevar una vida habitualmente cristiana, ó sea *sumisa á Dios y á los deberes de su propio estado.*

¡Oh! ¡Cuánta pureza debe tener el que se sienta en tan precioso banquete! ¡Qué pureza debe llevar la lengua que recibe á su Dios,

(1) S. Bern., Serm. XXV, *De modo bene vivend.*

(2) Véase S. Thom., p. III, q. 79, a. 8, y S. Lig., n. 270.

los labios que le estrechan, los ojos que le ven por la fe, el corazón que se constituye su tabernáculo, y el alma que con El íntimamente se desposa! Los cielos no son puros en su presencia, los querubines y serafines se cubren el rostro con sus alas ante el altar, y ¡el hombre no se esmera en purificarse más y más!

Antiguamente, cuando el *maná* descendía del cielo para alimentar en el desierto al pueblo de Israel, precedía un ligero rocío que cubría la tierra como sirviendo de mantel puro y blanco al milagroso convite; pues bien: si aquello acontecía en figura de la Eucaristía, ¿qué rocío, qué mantel, qué pureza deben llevar nuestras almas y nuestros corazones al recibir, no ya el *maná*, sino el Cuerpo, la Sangre y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo?

Todo cuanto hagamos es poco y toda pureza pequeña, porque se trata de recibir en nosotros al Purísimo por esencia. ¡Su Cuerpo, su alma, su divinidad! ¿Hay cosa más pura? *Su Cuerpo* formado de la sangre purísima de la Virgen María, por obra y gracia del Espíritu Santo, y sin haber sido jamás contaminado con culpa alguna, ni original, ni actual. *El alma* creada por modo perfectísimo á semejanza del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. *La divinidad* eterna, inmaculada por esencia, como Verbo mismo de Dios. ¿Cuál deberá ser nuestra pureza?

6. DESEOS DE COMULGAR.—Pero, además de esto, hay un segundo acto de la devoción, que en cierto modo comprende en sí todas las demás disposiciones para comulgar con grande provecho, y es el *deseo vehemente* de recibir en nuestro corazón al Señor sacramentado. Cuando deseamos sincera y eficazmente un fin, no descuidamos en nada los medios necesarios para obtenerle; por consecuencia, el que tiene vehementes deseos de unirse íntimamente á Jesucristo por el Sacramento de su amor, no puede menos de disponerse cual es debido. Por eso tiénese por favor insigne el que Dios ponga en nuestros corazones deseos vivos de acercarnos al sagrado convite.

Jesucristo es *el deseado de todas las naciones*; con deseo ardiente instituyó la divina Eucaristía para servirnos de alimento (1), y con semejante deseo quiere que le recibamos. Antes del advenimiento de Jesucristo por la Encarnación, el universo suspiraba por El, los pueblos le aguardaban hacia cuatro mil años, los Profetas le predecían y deseaban, los Patriarcas anhelaban ardientemente

(1) Veniet desideratus cunctis gentibus. (Aggeo, II, 8.)—Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum. (Luc., XXII, 15.)

su venida, y los justos pedían á Dios con instancia que le enviara. Todos le saludaban de lejos, y se alegraban y se consolaban con la esperanza de verle y hablarle. Nosotros, más afortunados que aquellos santos varones de la antigua Ley, poseemos en la sagrada Eucaristía lo que ellos anhelaban con tanto ardor; poseemos el divino Mesías, el manjar de los ángeles, el alimento de nuestras almas y el Señor quiere que le recibamos con apetito, con deseo ardiente, y que, deseando y comiendo, y comiendo y deseando, se inflamen más nuestros deseos, y que deseando siempre, nuestros deseos sean siempre saciados (1). «Preciso es —dijo San Bernardo— que el ardor de un santo deseo se anticipe á la recepción de nuestro Dios (2).

Por eso dicen muy bien algunos que la mejor preparación para comulgar es comulgar; es decir, comulgar espiritualmente, antes de comulgar sacramentalmente; porque así como el fuego se acrecienta con fuego, y el amor con amor, y el hierro se pulimenta con hierro, así también una Comunión espiritual enciende más el deseo de una Comunión sacramental, y este deseo es el germen del amor, amor de Jesucristo que constituye la más importante y la más perfecta de todas las disposiciones para comulgar con fruto.

7. AMOR Á JESÚS.—Ciertamente, el amor debe inflamar nuestros corazones cuando nos acercamos á la Mesa sagrada; porque la divina Eucaristía es el Sacramento del amor. Amor de Jesús que le lleva á darse á nosotros; amor tierno, dulce, infinito, que exige y merece infinito, dulce y tierno amor. Es verdad que nosotros no podemos amar con esa infinidad, pero también lo es que corazón tenemos, y amar podemos y debemos. ¿Cómo amamos? ¿Cómo lo procuramos? ¿Cuáles son los transportes de nuestros corazones al recibir el Santísimo Sacramento?

Nótese bien que, para recibir *en toda su plenitud* los efectos eucarísticos, no se trata ya de aquel amor que conserva el estado de gracia santificante, que nos hace permanecer en la amistad de Dios, y que da á todos nuestros actos religiosos y á todas nuestras obras buenas un acrecentamiento de gracia y de mérito; no se trata de la ausencia de todo pecado venial y del afecto á él, ni tampoco de esmerarse en disminuir y extirpar en lo posible los defectos é imperfecciones, si no tratase de *calentar y enardecer* en nuestro pecho el fuego del amor sagrado; de fomentar aquella inclina-

(1) Qui edunt me, adhuc esurient; et qui bibunt me, adhuc sitient. (Ecli., XXIV, 29.)

(2) Oportet ut sancti desiderii ardor praecedat faciem ejus. (Serm., in Cant.)

ción afectuosa del corazón que San Agustín llama *el peso del amor*, y que nos conduce á Dios, á desearle, á buscarle, á encontrarle y á estrecharnos íntimamente con El; trátase de aquel amor que nos lleva á encontrar deleite en pensar en El, en hablar de El y en trabajar por El; de aquel amor que nos transforma, digámoslo así, en El, deseando, amando y queriendo todo cuanto El quiere, ama y desea, y odiando y desechando todo cuanto El desecha y odia, sin más mira que agradarle y hacer en todo su divina voluntad, prefiriendo antes mil martirios y mil muertes que desagradarle ú ofenderle, aun en la cosa más pequeña. ¡Qué disposición más hermosa!

8. Esto es lo que importa á las almas, si quieren corresponder, según su pequeñez, á los amorosos designios de Dios sobre ellas, y si aspiran á percibir *de lleno* las inefables mercedes que fluyen del Sacramento eucarístico. Así lo han realizado y experimentado los Santos en todos los siglos del Cristianismo, habiendo muchos que, al recibir la sagrada Eucaristía, se sentían como enloquecidos de amor y quedaban sumergidos en las más profundas y deleitosas contemplaciones.

No hablaremos de San Francisco de Sales, de quien se lee que tenía un amor especial al Santísimo Sacramento, en donde encontraba su vida, su fuerza, su amor y su todo. Tampoco mencionaremos á San Ignacio de Loyola, pues era tan vehemente su amor y reverencia á la divina Eucaristía, que cuando celebraba el Santo Sacrificio parecía desfallecer (1). Ni hay para qué recordar á San Estanislao de Kostka en su amor á Jesús sacramentado, porque se halla escrito en muchos libros, que su rostro parecía todo encendido cuando entraba en la iglesia. Se le vió muchas veces en éxtasis durante la Misa y después de la Comunión, y los días que comulgaba no acertaba á hablar de otra cosa más que del exceso de amor que Jesucristo nos manifiesta en su adorable Sacramento. (Véase su *Vida*.) Bástenos citar á nuestra Seráfica Madre Teresa de Jesús, cuyo amor al Santísimo Sacramento del altar rebosa en todas sus obras. Sus expresiones son todo fuego cuando se trata de este augusto Misterio. Asombra el fervor con que se acercaba á la santa Mesa, y la efusión con que manifestaba los sentimientos de su alma ante el divino Salvador.

¡Oh! Si en esto imitáramos á los Santos, ¡cuán ricos seríamos en tesoros espirituales! ¡Nos quejamos de muchas sequedades y

(1) Ribadeneira, *Vida de San Ignacio*, lib. V, capítulos I y X.

arideces antes y después de comulgar! Pensémoslo bien, no sea que nos hallemos culpables; porque si nosotros procuramos llevar *pureza de conciencia, deseos vehementes de comulgar y amor á Jesús sacramentado*, tendremos la verdadera *devoción*; y no haya miedo de que Dios nos falte, ni de que sean infructuosas nuestras comuniones. Veamos ahora la segunda condición que indica nuestro Catecismo, ó sea *la humildad*.

§ II

DE LA HUMILDAD NECESARIA PARA COMULGAR CON FRUTO

9. Importancia de la humildad.—10. Temor saludable.—11. Confianza firme.—12. Acción de gracias.—13. Los momentos más preciosos.—14. Todo agradecimiento es pequeño.

9. No se puede negar que la soberbia cierra á Dios las puertas de nuestro corazón, porque Dios resiste á los soberbios y á los humildes da gracia; por eso, antes de comulgar, dispone la Iglesia que todos practiquemos un acto de humildad, diciendo: *Señor, yo no soy digno*.

Si la humildad es en la vida espiritual tan necesaria, que sin ella no hay virtud sobrenatural posible (1), ni acción buena meritoria para el cielo, ¿cuánto más lo será en la más grande y más sublime de las acciones humanas, que es la recepción de la divina Eucaristía? Allí, en el Santísimo Sacramento, es donde Jesucristo realiza el acto más profundo de humillación posible, ocultándose bajo los velos eucarísticos y sometándose á la voluntad de un pobre sacerdote, aunque éste sea depravado é indigno; allí es donde quiere que reconozcamos nuestra nada ante su divina grandeza, y nuestros pecados y escasez de virtudes, para confundirnos en vista de la merced insigne de venir á nuestro corazón; allí se complace en vernos pequeños para hacernos grandes, y cuanto más nos ve humillados, más nos eleva y engrandece; allí quiere que *temamos* reverentes, pero que *confiemos* alegres; allí quiere comunicarnos su propia vida, pero exige que seamos *agradecidos*, y que jamás nos tornemos ingratos. En una palabra, *temor y confianza, sumisión y gratitud*; he aquí lo que entraña *la humildad* como disposición para comulgar digna y fructuosamente. Bueno será que reflexionemos algo sobre cada una de estas virtudes.

(1) Véase nuestra obra *La Vida feliz*, tomo II, cap. XIII y XIV.